































se parecía a una muñeca que le rompí a mi hermana hacía... hacía mucho, mucho tiempo. Advertí que en la parte externa de los neumáticos, con letras gastadas, ponía PIRELLI...

Una vez más, enumeré los hechos por orden cronológico: 1. la lujuria es un vicio; 2. mi reloj se había parado; 3. en los buenos viejos tiempos, las cosas eran sólidas y duraderas; 4. el reloj se había estropeado y lo había tirado; 5. si no hubiera mirado las fotos de mujeres desnudas, habría sabido qué hora era; 6. los hechos nos conducen a la muerte; 7. encuentro a algunas personas todos los días y no veo nada extraño en ello; 8. había oído al hombre de la cazadora de cuero decirle a su elegante interlocutor: «Ya está acordado, Carlo»; 9. en el café había hablado de la muerte con mi amigo; 10. la muerte tiene mucha más experiencia en estos asuntos que cualquier individuo. Eso era todo. No logré encontrar una relación lógica en la enumeración de los hechos.

Agatha Christie no tiene razón —pensaba mientras subía por las escaleras—. El crimen perfecto sí existe. Pero no sería perfecto si se conociera. Basta con introducir un ligero desorden en la cronología y en la factografía, esquivar un poco la lógica, y todo lo sucedido aparecerá escrito solamente en la sección de ACCIDENTES...

Entré en mi habitación, me senté tras mi escritorio y con un rotulador uní los puntos con los que había señalado mis movimientos. Ante mí apareció el contorno de un pez, símbolo central en el escudo metafísico de la ciudad. Entonces me acordé de que durante todo el día no había sabido qué hora era. Miré el reloj. Lancé un suspiro. Eran las ocho y diez.